

Sentidos de la edad adulta: juventud y cambio social en el Portugal contemporáneo

El propósito de este artículo es ahondar en algunas cuestiones relacionadas con la juventud y las transiciones e identidades juveniles en Portugal a partir de la vertebración de dos niveles de análisis. En un primer momento se ha querido retratar el Portugal contemporáneo y los importantes cambios demográficos y normativos que en él se han producido, presentando sintéticamente un conjunto de indicadores nacionales e internacionales. En este sentido, se ha intentado hacer especial hincapié en las magnitudes más relevantes para comprender los cambios y las continuidades en las transiciones juveniles objetivas y en los factores que contribuyen a explicarlos. Ya en un segundo momento, se ha optado por hacer un análisis de los testimonios de 30 jóvenes portugueses en transición (recogida en el contexto de una investigación europea - FATE) para comprobar que éstos representan subjetivamente a la condición adulta, al tiempo que se listan algunas pistas interpretativas que parecen relevantes en la categorización identitaria reivindicada por ese conjunto de jóvenes.

Palabras Clave: Portugal, cambio social, juventud y edad adulta

Introducción

La sociedad portuguesa ha sido objeto de profundos cambios socioeconómicos en las tres últimas décadas, que han vuelto a delinear el país desde el punto de vista demográfico, cultural y económico. Muchas de estas transformaciones son comunes a la mayoría de los países europeos, especialmente los países del sur de Europa, con los que se tiende a asociar a Portugal por compartir una serie de afinidades históricas y culturales. En consecuencia, el Portugal de hoy en día no se parece en nada al Portugal anterior al proceso de democratización, iniciado el 25 de abril de 1974. Hoy en día, por ejemplo, los estudios de los (las) jóvenes portugueses duran cada vez más años, las relaciones laborales que les toca afrontar son cada vez más flexibles y precarias (a pesar de que esta tendencia afecta a todas las generaciones), se registran elevados niveles de dependencia familiar y su edad de conyugalidad y parentalidad tiende a ser más tardía.

Sin embargo, incluir a Portugal en cualquier tipo de clasificación tipológica, estructurada por proximidades geográficas, políticas, económicas o culturales, también puede ocultar diferencias significativas entre esos países, que además le confieren un cierto grado de especificidad al caso portugués entre sus congéneres europeos. Es justamente en ese marco en el que intentaremos situar las trayectorias de los (las) jóvenes portugueses, para que se puedan entender y comparar con las de sus pares europeos, sobre todo al intentar comprender la forma en que éstos representan la identidad adulta y cómo experimentan sus múltiples transiciones. Éste es, por lo tanto, el principal objetivo del presente artículo, que recurre, en un primer

momento, a un retrato estadístico del Portugal contemporáneo, articulado, en un segundo momento, con un análisis breve de representaciones juveniles sobre la vida adulta, realizado a partir de un conjunto de treinta entrevistas efectuadas en profundidad a jóvenes en transición a la vida activa en 2002.

I. Cambio Social y Juventud: el Portugal de Hoy en día (1)

1. Conyugalidad y fecundidad en Portugal: cambios y continuidades

Conforme a investigaciones basadas en los censos de población de 1991 y 2001 (Aboim, 2003), los años 90 han acusado una aceleración en el ritmo de las transformaciones sociales, en el sentido de una mayor nuclearización e individualización de las estructuras familiares y domésticas. Favoreciendo estas tendencias, surgen factores como un mejor acceso a la vivienda, una mayor informalización de comportamientos conyugales, patente en el incremento del porcentaje de uniones de hecho (que de aproximadamente un 3% en 1991 pasó a ser casi un 7% en 2001), junto con la disminución de la nupcialidad (de un 7,3 a un 5,7) y el aumento del número de divorcios y segundas nupcias (1,8 y 11,8 en 2001, respectivamente).

No menos importantes son los cambios en los patrones de fecundidad y parentalidad. Aumentan, por ejemplo, los nacimientos fuera del matrimonio (que de un 15,6% en 1991 pasan a ser un 23,8% en 2001), lo que corresponde, por un lado, al mantenimiento de un perfil de convivencia tradicional y monoparentalidad persistente, asociado a bajos recursos socioeconómicos, pero también al aumento de un perfil de convivencia y parentalidad que remite a un cambio de valores significativo, ahora menos enraizados en la tradición. Según Ferreira y Aboim nacen cada vez más hijos fuera del matrimonio en las franjas de población más favorecidas, que aparentemente priman la desinstitucionalización de los lazos y de las transiciones familiares, accediendo a la conyugalidad a través de la convivencia o no oficializando una segunda unión conyugal (2002). Este hecho aúna, por un lado, una importancia creciente atribuida a la experimentación, cuya presencia es recurrente en las diferentes investigaciones sobre las éticas de vida de los (las) jóvenes contemporáneos (Schér, 2000), y, por otro, una objetivación de la menor linealidad y mayor complejidad de las trayectorias de vida (entre otros, Pais, 2001).

Sin embargo, esta tendencia no se ha de leer como un retroceso de la importancia del vínculo conyugal formal. En Portugal la gente se casa bastante, pero cada vez más tarde. (2) En Portugal, la edad media del primer matrimonio ha pasado a ser para los hombres de 26,1 en 1991 a 27,5 en 2001 y para las mujeres de 24,1 a 25,3 años. Ambas edades por debajo de la media de la U.E. de 15 países, que para el año 2001 fue de 29,9 para los hombres y de 27,5 para las mujeres. Una lectura de estos datos nos permite suponer que la salida de la casa familiar se sigue produciendo, en la mayoría de los casos, por entrada en la conyugalidad, lo que llevaría a pensar en una persistencia de los patrones tradicionales de transición (salir de casa para casarse). No obstante, en dicha observación hay que tomar en cuenta la fuerza de los condicionantes económicos (sueldos bajos que no hacen viable para muchos la experiencia de irse a vivir solos) y los cambios en los valores y representaciones asociados a estos pasos de un estado a otro. Casarse (sólo por lo civil o por la iglesia) será cada vez más fruto de decisiones pensadas, individuales e 'independientes' de imposiciones familiares, aunque

(1) Salvo algunas excepciones debidamente señaladas, cuando nos remitimos a datos estrictamente nacionales, la fuente es el Instituto Nacional de Estadística (www.ine.pt), mientras que para las comparaciones internacionales la fuente de datos que se ha consultado ha sido EUROSTAT (<http://epp.eurostat.cec.eu.int>).

(2) Pese a que no se alcancen los niveles de países como Italia o España, que registran edades medias más próximas que las comprobadas en el norte de Europa.

respaldadas por éstas. O sea, se trata de una institución renovada, que incorpora nuevos sentidos, diferentes de las que gran parte de las generaciones anteriores suscribió en sus propias transiciones familiares (Pappámikail, 2004).

Los hijos aparecen, así mismo, cada vez más tarde en el ciclo de vida, tanto de los hombres como de las mujeres. Aquí también los valores que se registran en Portugal son inferiores a los registrados en el conjunto de los países de Europa del Sur, donde el retraso se nota de forma más evidente: si en España ese valor ya superaba los 30 años en 2000 (30,7) en Portugal la edad media de alumbramiento del primer hijo por parte de la mujer se establecía en los 28,6 años, valor semejante al registrado en Alemania (28,7), por ejemplo. No se puede hablar exclusivamente de retraso, sin referirse a la gran reducción de la natalidad en los países del Sur. En Portugal el descenso (reflejado con un índice sintético que ha pasado a ser de 1,6 hijos por mujer en 1991 a 1,5 en 2001) ha sido brusco y se ha producido muy rápidamente (el índice era de 3,1 hijos por mujer en 1960) como resultado de una significativa masificación del uso de contraceptivos modernos (que remite una vez más a cambios en los valores) (Almeida, André y Lalanda, 2003: 405-406).

2. Estructuras domésticas y transiciones: el lugar de los jóvenes

Desde el punto de vista de las estructuras domésticas, las transformaciones también se han hecho sentir, subrayando el proceso de modernización: reducción del tamaño medio de los agregados domésticos (de una media de 3,1 personas por agregado en 1991 a una media de 2,8 en 2001), y aumento del número de agregados de personas solas (de 16,6% del total de agregados en 2001 a 19,5% en 2001). Este último indicador es especialmente relevante para situar los cambios de comportamientos (y de valores) en algunas franjas de la población más joven. En realidad, aunque la mayoría de los agregados de personas solas sigue correspondiendo a personas de edad (51%), viudas y en una situación de cierta precariedad, se registra un aumento substancial de los jóvenes y adultos que viven solos y que corresponden en general a individuos más escolarizados, sobre todo solteros, tendencialmente urbanos y activos profesionalmente (Guerreiro, 2003). Hablamos de jóvenes que constituyen unidades residenciales autónomas sin recurrir a la conyugalidad, formal o informal, aunque algunos puedan haberlo hecho en algún momento de su trayectoria.

Se trata también de una minoría de jóvenes, ya que la mayor parte sigue conviviendo en la casa paterna hasta edades próximas a los 30 años. Ya en 1996, al analizar este indicador, (3) los países del sur de Europa presentan valores claramente por encima de la media de los 15 – un 66% en cuanto a los (las) jóvenes entre 20 e 24 años, y un 32% en cuanto a los comprendidos entre 25 y 29 años. Sin embargo, Portugal estaba entre los que, dentro de este grupo, tenían los valores más reducidos: el 80% de los (las) jóvenes entre 20 y 24 y el 52% de los comprendidos entre 25 y 29 vivían con sus padres, mientras que en Italia, con referencia a las mismas franjas de edad, ese mismo valor era de un 89% y un 59%, respectivamente, y en España de un 90% y un 62%. Este hecho, además, es coherente con el perfil de las transiciones familiares que se acaba de describir. A su vez, se sabe que no son sólo factores económicos y políticos (como un sistema de Seguridad Social débil y un mercado de trabajo poco favorable a los/las jóvenes) los

(3)

No disponemos de datos comparativos de EUROSTAT posteriores a 1996. Sin embargo, podría creerse que en esta última década se ha producido un empeoramiento de la tendencia a prolongar la estancia en casa de los padres, junto con una prolongación de los estudios, dificultades en el mercado de trabajo y factores de naturaleza cultural ya mencionados.

que explican este fenómeno, ya que varias investigaciones señalan la fuerza de los factores culturales que sitúan a la familia como un espacio de afectividad, bienestar y seguridad, no necesariamente contrapuestos a las reivindicaciones de autonomía por parte de los (las) jóvenes (entre otros Santoro, 2000; Gaviria, 2002; Pappámikail, 2004)

3. Portugal en Europa: una proximidad singular

La movilización de estos indicadores demográficos se justifica cuando se pretende contrastar los cambios y continuidades en las trayectorias de vida de la población portuguesa y las modalidades tradicionalmente entendidas como marcadores de entrada en la 'vida adulta'. (4) Tal como intentamos subrayar, se han producido cambios muy profundos. Sin embargo, pese a que las tendencias de cambio tienen el mismo sentido en los diferentes países europeos, el proceso de modernización portugués (demográfica, pero no sólo) ha sido, a todos los niveles, más tardío, justificando, en cierta medida, el 'retraso' con respecto a sus pares europeos. Así pues, si, por un lado, la gente se casa cada vez más tarde, por otro, comparativamente todavía lo hacemos antes que en España o en Italia. Lo mismo puede decirse en cuanto a la parentalidad y a los demás indicadores.

Como ya hemos dicho, Portugal ha sufrido un proceso de modernización claro e irreversible, que, sin embargo, ha sido profundamente asimétrico, tanto desde el punto de vista regional como social (Costa y Viegas, 1998). Se han vivido procesos de intensa terciarización, litoralización y urbanización de la población y de las actividades económicas, que han ido propiciando un progresivo aislamiento y envejecimiento de la del interior del país, por ejemplo. Pero, ¿qué otras explicaciones se pueden alegar para justificar un perfil demográfico, en muchos aspectos, mixto? A nuestro entender, de entre los diferentes factores que contribuyen a explicar este perfil, hay algunos a los que nos parece necesario referirnos de forma especial: las dinámicas de la escolaridad; el funcionamiento del mercado de trabajo para las generaciones más jóvenes; algunas magnitudes relacionadas con los perfiles de género y la participación de las mujeres en el Mercado de Trabajo; y los cambios en cuanto al orden normativo, que genera contrastes y tensiones de varia índole. O sea, factores que contribuyen a que convivan en un mismo tiempo y espacio social señales de un tradicionalismo persistente (en un sistema de empleo basado en parte en las bajas cualificaciones, en la reproducción de las desigualdades en cuanto a la escolaridad, por dar tan sólo dos ejemplos) y evidencias de desarrollo e individualización (patente en la diversificación de las formas de organización familiar, aumento de las cualificaciones, adopción de éticas más expresivas y hedonistas, por ejemplo).

4. Escuela y Mercado de Trabajo: juventud, género y desigualdad social

A decir verdad, el panorama educativo del Portugal actual no se puede entender si no se toma en consideración el punto de partida de hace apenas tres décadas, por no retrotraernos más lejos en el tiempo: en 1970, el 33,6% de la población era analfabeta, una significativa proporción sólo llegaba a cursar la enseñanza primaria (un 49,6% de individuos, que completaba el ciclo o no) y tan sólo el 1,5% accedía a la enseñanza superior, o la completaba. Desde entonces se han hecho esfuerzos importantes para aumentar la escolarización de la población portuguesa, cuya escolaridad

(4)
Por lo menos si se mide en términos de transiciones familiares objetivas, lo que resulta ciertamente limitado. Nos ocuparemos de las subjetividades en el punto II de este artículo.

obligatoria es, actualmente, de 9 años. Unos esfuerzos que sólo han tenido éxito en parte.

Como consecuencia de ello, la escolarización de la población aumentó significativamente, o sea, la proporción de portugueses entre 25 y 64 años con sólo 6 años de escolaridad o menos disminuyó, de un 77,7% en 1991 a un 62,2% en 2001, registrándose aumentos en la población que había completado la escolaridad básica (9 años) –de un 7,4% a un 13,4%–; secundaria – de un 8,4% a un 13% y superior, de un 6,6% a un 11,4%. El aumento es especialmente evidente en las generaciones más jóvenes (entre los 25 y los 34 años), cuya escolarización es bastante más elevada que la de las generaciones anteriores: sólo el 43,8% tiene 6 años de escolaridad o menos, el 18,8% la escolaridad obligatoria, el 21,2% enseñanza secundaria y el 16,1% estudios superiores. De hecho, puede decirse que en Portugal una parte muy significativa de los niños y de los jóvenes crece en hogares con pocos capitales escolares, y tienden a ser ellos y ellas los elementos más cualificados del agregado doméstico, lo que puede generar interesantes tensiones al profundizar en la dinámica de las relaciones intergeneracionales (Almeida y André, 2004).

Pese a ello, Portugal sigue teniendo uno de los niveles de escolarización más bajos de la Unión Europea de los 15, acompañado por elevadas tasas de abandono escolar precoz. Aunque la escolarización de las generaciones más jóvenes progresa de forma acentuada en Portugal y en los demás países del Sur de Europa – destacándose Portugal por el signo negativo en este grupo, las disparidades son aún notables. Fijémonos, por ejemplo, en la escolarización de la población joven, sobre todo en el porcentaje de jóvenes entre 20 y 24 años que, como mínimo, ha completado la enseñanza secundaria (12 años de escolaridad). En 2004, Portugal registró un porcentaje de un 49%, mientras que en Italia el valor fue de un 72,9%, y en España de un 61,8%. Por detrás de Portugal, sólo está Malta, que en ese mismo año registró un valor de un 48%.

Ya al referirnos al abandono precoz ⁽⁵⁾ comprobamos que Portugal registró en 2004 valores muy cercanos al 40% (39,4%), muy lejos, por lo tanto, del 15,7% que arroja el conjunto de los 25 países de la Unión Europea. Aún así, hay que señalar que, en este aspecto en particular, Italia y España (con unos valores de un 22,3% y un 31,1%, respectivamente) también presentan valores por encima de la media. Dicho esto, y sin duda más relevante en el marco de las trayectorias de los (las) jóvenes portugueses, hay que hacer hincapié en los procesos de reproducción social en el campo de la educación, con impactos decisivos en las modalidades de entrada en el mercado de trabajo y también en las transiciones familiares. En realidad, se supone que un individuo que abandone la escuela antes de los 18 años (como parece suceder en Portugal con mucha frecuencia) e inicie su vida profesional en los años siguientes acaba por vivir antes, dentro de su ciclo de vida, otras transiciones familiares, como la conyugalidad o la parentalidad, lo que justificaría el comportamiento de algunos indicadores demográficos. Por eso el debate acerca de las dinámicas de escolarización resulta crucial para entender algunas particularidades del caso portugués.

En realidad, así como es posible hablar de un importante movimiento en cuanto a la democratización del acceso a la enseñanza, no se puede ignorar que aún estamos lejos de una democratización equivalente del éxito escolar

(5) Medido en una población de entre 18 y 24 años, que declararon simultáneamente no poseer cualificación superior a los 9 años de escolaridad, pudiendo incluso ser menor, e no haber cursado ningún tipo de enseñanza o formación profesional en las 4 semanas anteriores al momento de la encuesta (Eurostat).

(Pais y Cabral, 1998: 203). O sea, no sólo siguen siendo bajos los perfiles educativos en una parte importante de la población, sino que se producen persistentes procesos de reproducción de las desigualdades sociales y económicas en lo tocante a la escuela. A título de ilustración, y sin negar la creciente diversificación de las bases socioeconómicas de reclutamiento de los (las) estudiantes de la Enseñanza Superior, lo cual da a entender que éste cumple un papel importante como canal de movilidad social, basta observar las características familiares de origen de dichos estudiantes para comprobar la fuerza que tienen los mecanismos de reproducción. En realidad, en la muestra de estudiantes universitarios portugueses sometidos a una encuesta a escala nacional en 2004, en el 36,6% de los casos el padre pertenecía al nivel de profesionales técnicos y cuadros, sector que ocupa tan sólo al 14,4% del total de la población entre los 40 y los 60 años. También se produce lo contrario: el 19,3% de los (las) estudiantes eran hijos de obreros industriales, porcentaje que en el total de la población alcanza el 39.5%. Aún más evidente es el análisis de los perfiles de cualificación de las familias de origen: un 35,7% de los (las) estudiantes procede de familias en las que por lo menos uno de los progenitores ha cursado enseñanza superior – contra un 9,8% del total de la población entre los 40 y los 60 años; en el 16,4% de los casos uno de los progenitores tiene por lo menos enseñanza secundaria – contra un 8,9% del mismo grupo de población; y un 13%, un 12,9% y un 22% de alumnos procedentes de familias en las que uno de los progenitores tiene 9, 6 y 4 años de escolaridad, respectivamente, contra un 10%, un 8,8% y un 62,5% respecto a los mismos niveles de enseñanza en el conjunto de la población (Martins, Mauritti y Costa, 2005: 36 a 38).

Las desigualdades y dificultades siguen existiendo en el mercado de trabajo. Si, por un lado, los (las) jóvenes se ven especialmente afectados por el paro (el 15,4% de la población con menos de 25 años en 2004), por otro también son las personas menos cualificadas las que tienen más dificultades para obtener y mantener un trabajo (un 6,4% de desempleo en la población entre 25 y 59 años con seis años de escolaridad o menos, contra apenas un 4% en la población del mismo grupo de edad con enseñanza superior o más). Esto sin referirnos al hecho de que, como media, también están peor pagados. Esta constatación sitúa a los muchos(as) jóvenes portugueses con cualificaciones bajas en una situación de doble desventaja. En realidad, si a un individuo con un título de enseñanza superior le cuesta entre 4 y 5 meses encontrar un empleo definido como estable (con una duración igual o superior a 6 meses), los que no han completado la escolaridad obligatoria tendrán que esperar como media más de 19 meses para lograrlo (Vieira y Resende, 2003: 83).

La tasa de desempleo juvenil, en un momento dado, puede así ocultar situaciones de vida diferentes: al desempleo en un sentido estricto se asocian el *subempleo* (cualquier trabajo sirve, con tal de ganar algún dinero) y el *desempleo rotatorio* (varios empleos alternados con períodos de desempleo). A los más cualificados incluso puede estarles reservado lo que Pais llamó *desempleo de prospección* (un respaldo familiar que le permite al joven titulado esperar hasta encontrar un empleo compatible con sus aspiraciones) (Pais y Cabral, 1998: 210 y 211). Es notorio que la condición social de los (las) jóvenes portugueses condiciona fuertemente su acceso a recursos (sobre todo escolares) vitales para la construcción de su trayectoria de vida. E incluso sin subestimar las capacidades individuales de construcción y obtención de capitales por otras vías, la familia, por ser uno

de los principales (por no decir el único) respaldo material de los (las) jóvenes, constituye por consiguiente un importante factor moldeador de las posibilidades, a partir del cual los (las) jóvenes eligen.

Otra asimetría que persiste en el mercado de trabajo (y no sólo) tiene que ver con el género. Las mujeres también se ven más perjudicadas por el desempleo que sus pares masculinos. Hay que registrar, como otra peculiaridad portuguesa en el contexto de los países de Europa, la elevada tasa de actividad femenina (un 61,7% en 2004, comparado con el 45,2% de Italia y el 48,3 de España) (6) que ciertamente ha contribuido a la progresiva transformación de las formas de organización familiar y la consecuente reformulación parcial de los papeles de género en la familia. Recientemente, se ha asistido a la feminización de la enseñanza: cada vez son más las mujeres que tienden a alcanzar niveles de cualificación más elevados y con más éxito. Si observamos los porcentajes de abandono escolar precoz, (7) nos daremos cuenta de la importancia de las diferencias: en 2004 se registró un 47,9% de abandono entre los chicos, valor que bajó hasta un 30,6% en el caso de las chicas. Lo mismo sucede en cuanto a los porcentajes de cualificación escolar en la enseñanza secundaria completa: un 58,8% de chicas entre 20 y 24 años finalizaron, como mínimo, dicho nivel de enseñanza, cosa que sólo hizo un 39,4% de los chicos de esa misma edad. Aparentemente, sin embargo, dichos “éxitos” en el sistema de enseñanza no se han convertido aún en “ventajas” en el Mercado de Trabajo.

5. Cambio social, generaciones y valores en el Portugal contemporáneo

Este retrato somero del Portugal contemporáneo no estaría completo sin la debida referencia a las evoluciones que se han producido en el plano normativo, pero después de muchos cambios en los comportamientos de los portugueses, tal como hemos afirmado repetidamente, en las que las generaciones más jóvenes han desempeñado el papel de protagonistas. Consecuentemente, Portugal no ha sido, de ninguna forma, ajeno a la aparición de un nuevo orden de valores sociales centrados en el individuo (Beck, 1992; Giddens, 1991 entre otros). La individualización se ha traducido en la adopción, sobre todo por parte de las generaciones más jóvenes, de éticas de vida más hedonistas que subrayan la importancia de valores como la autonomía, la diversión, la experimentación y otros valores que forman parte de esta constelación de sentidos, con efectos sobre las prácticas sociales y las trayectorias de vida (du Bois-Reymond, 1998; Pais, 1998; Singly, 2000).

En la sociedad portuguesa la divulgación de estos valores no sólo ha rebasado las fronteras de la edad, sino la condición social. A decir verdad, pese a que la asunción de estos valores sea más fuerte entre los (las) jóvenes y las capas más privilegiadas de la sociedad, no deja de ser un hecho el que las generaciones de más edad y los grupos sociales más desfavorecidos se han dejado influir por ellos. Hasta cierto punto, este proceso ha acabado por otorgar a los agentes socializados (los jóvenes) el papel de agentes socializadores (de sus padres) (Pais, 1998: 30). Y así, al no haber un abismo generacional en cuanto a los valores sociales, en una encuesta sobre las generaciones se comprobó que valores compartidos de una manera general por todos los grupos de edad y sociales, como el individualismo y la solidaridad, encubrían transformaciones en las

(6)

Cabe destacar el hecho de que esta elevada tasa de actividad corresponde en la gran mayoría de los casos a trabajo de jornada completa, toda vez que, según EUROSTAT, sólo el 11,2% de la población empleada en 2004 afirmaba tener un empleo a tiempo parcial.

(7)

Porcentaje de población entre 18 y 24 años, con toda la enseñanza obligatoria completa, y que no está implicada en ninguna forma de educación o formación.

orientaciones normativas y en sus contenidos. Si, en cuanto a las generaciones de más edad, se puede hablar de un individualismo de cariz materialista y una solidaridad de raíz moral; los (las) jóvenes tienden ya a identificarse con un individualismo basado en la expresividad hedonista y con una solidaridad 'sociable' (Pais, 1998: 30).

Sin embargo, tal como afirma Singly, hay límites en las sociedades centradas en el individuo: pese a que la difusión de ese tipo de individualidad (hecha de elecciones, realización personal, autonomía y autenticidad), como ya hemos dicho, se amplíe, las posibilidades efectivas de acceder a ella están desigualmente distribuidas (2000:18). De ahí la necesidad, al procurar dar cuenta de las subjetividades de los (las) jóvenes portugueses en cuanto a la condición adulta, y de situarlas en los contextos macrosociales, económicos y culturales que las modelan. En realidad entendemos que el análisis de las trayectorias juveniles ha de intentar dar cuenta de la forma en que los patrones de las trayectorias de vida, enraizados en las lógicas y dinámicas de las instituciones sociales como el Sistema de Enseñanza, el Mercado de Trabajo, la Justicia, etc., se articulan con los procesos de toma de decisiones, que subyacen a los tiempos y alineamientos de las transiciones, y con las representaciones, sentidos y significados individuales que llevan asociados. O sea, dar cuenta de las complejas interacciones entre los condicionamientos estructurales, la regulación y reglas institucionales, por un lado, y las subjetividades y decisiones individuales, por otro (Heinz y Krüger, 2001).

II. Responsabilidad y autonomía: territorios de significación de la 'edad adulta' entre jóvenes portugueses

Ciertas investigaciones indican que, junto con las transiciones, llenas de rupturas, avances y retrocesos, se plantea, asociada por los (las) jóvenes, una multiplicidad de sentidos, tanto atribuidos como reivindicados, sobre lo que es hoy en día volverse adulto y serlo (Plug, Zeijl y du Bois-Reymond, 2003). Éste también es el resultado de una primera lectura de los testimonios recogidos, a través de una aproximación cualitativa, realizada en el contexto de una investigación comparativa europea, de 30 jóvenes portugueses de diferentes edades (entre los 16 y los 27 años) y condiciones sociales (desde jóvenes que habían abandonado la escuela con menos de 6 años de escolaridad hasta jóvenes con título de enseñanza superior). (8) Sin embargo, pese a que este conjunto de entrevistados se divida en cuanto a reivindicar la condición adulta para sí mismos, no dudó (en la gran mayoría de los casos) en presentar una especie de equivalente semántico: ser *adulto* es, a su entender, ser *responsable*. Sobre todo responsable de las consecuencias de sus decisiones, lo que remite a una importante dimensión de su identidad (ya se entienda como adulta o no): la *autonomía de las elecciones*. Responsabilidad y autonomía se sitúan así como elementos centrales de un paradigma normativo que modela las proyecciones de sí mismos, pese a la mayoritaria condición de dependencia total (residencial y financiera) o parcial (sólo residencial) de los padres.

Esta unanimidad casi total acaba por coincidir con lo que se ha afirmado antes en cuanto a la adopción generalizada por parte de los (las) jóvenes portugueses de un *ethos* basado en los principios de la individualización expresiva. En realidad, los testimonios de estos (estas) jóvenes han permitido plantear un modelo de significación, en el que dicha '*responsabilidad*' se

(8)

Los datos utilizados en este artículo forman parte de un proyecto de investigación comparativa que implica a ocho países - FATE, Families and Transitions in Europe coordinada en Portugal por el Profesor Doctor Machado Pais (ICS). La muestra portuguesa se seleccionó a través de la lista de contactos conseguida con motivo de la aplicación de una encuesta a estudiantes de los últimos cursos de centros de enseñanza de Almada y a diferentes niveles de enseñanza (obligatoria; vocacional\ profesional y universitaria) durante el período de abril a junio de 2002. Las entrevistas se realizaron en un plazo de entre cinco meses y un año a contar desde el final del año escolar. Se hace hincapié en que no se pretende que las interpretaciones aquí expuestas sean representativas de la población portuguesa, pese a la diversidad de la muestra, en términos de condiciones sociales de los entrevistados, de sus trayectorias y de sus proyecciones de futuro.

puede descomponer en tres territorios distintos de sentidos atribuidos a la edad adulta. Claro está que raramente aparecen aislados, pudiendo aparecer con varias configuraciones y combinaciones. Sin embargo, desde el punto de vista ideal típico, nos parece relevante establecer las diferencias simbólicas entre los sentidos atribuidos por este conjunto de jóvenes a la condición adulta y a las transiciones que 'dan' acceso a ella.

Dichos territorios corresponden, grosso modo, a las tres configuraciones de responsabilidad definidas por Gaudet: responsabilidad ante sí mismos; responsabilidad ante el 'otro' y responsabilidad ante las instituciones (2001: 79).

1. La responsabilidad ante sí mismos: la madurez como principal marcador de la identidad adulta

La mayoría de los (las) jóvenes que entrevistamos (cerca de 2/3) asoció la identidad adulta a una percepción subjetiva de sí mismo y de la fase individual de desarrollo psicosocial, o sea, a la *madurez* que cada uno manifiesta en la forma de dirigir su trayectoria de vida y a la responsabilización individual en cuanto a las decisiones que va tomando (y sus consecuencias). De eso nos dan cuenta Francisco y Marta, que responden de esta forma a las preguntas "¿Qué significa para ti ser adulto? Y ¿cómo te defines actualmente?":

"Tiene que ver con la responsabilidad. Para mí, ser adulto, no tiene que ver con la edad. Yo creo que ser adulto es tener conciencia de los propios actos, y asumir sus consecuencias." (Francisco, 27 años, medio social alto, enseñanza superior incompleta, empleado)

"¡Responsabilidades por encima de todo! No tiene nada que ver con la edad, sino con la responsabilidad y la madurez para tomar decisiones. Y cuando tomas algunas malas decisiones, no echarle la culpa a éste o a áquel, sino echárnosla a nosotros mismos. (...) Yo ya hace tiempo que soy adulta." (Marta, 20 años, medio social medio/bajo, enseñanza secundaria, empleada)

En esta modalidad de identificación, en que el individuo reivindica un determinado estatuto (Dubar, 2000) y en la que la autonomía se destaca como su principal característica, la identidad adulta aparece subjetivamente disociada de la edad o de cualquier cambio de estatuto (como la entrada en el mercado de trabajo, la conyugalidad o la formación de unidades residenciales autónomas) dependiendo única y exclusivamente de la percepción de sí mismos. Pero más adelante Francisco acaba incluso por decirnos: "ganar mi propio dinero no hizo que fuera más adulto, quizás me haya hecho menos dependiente" Son testimonios que, en nuestra opinión, acaban por dar contenido a las transformaciones macrosociales a las que hemos estado haciendo referencia, sobre todo en cuanto a los valores sociales y las éticas de vida. (9)

(9)

No hay que olvidar que estamos hablando de jóvenes que viven en el perímetro del área metropolitana de Lisboa, que pese a las asimetrías internas, es la zona del país cuyos patrones de vida, ya sea normativa, ya sea materialmente hablando, son los que más se aproximan a las medias europeas.

(10)

Estos objetivos son tanto más 'fantasiosos' (Pais, 2003), en la medida en que no se articulan con una percepción de los recursos efectivamente disponibles ni con un esbozo de estrategias para lograrlos, cuanto más desfavorecida es la extracción del joven y éste presenta trayectorias de gran fracaso o abandono escolar.

Por otro lado, también es verdad que podemos hallarnos ante una forma de *estrategia defensiva* de cara al futuro, aquí objetivada en la proyección identitaria, que adoptarían los (las) jóvenes en contextos de incertidumbre e imprevisibilidad estructural (Pais, 2003). A decir verdad, los (las) jóvenes entrevistados nos ofrecen imágenes difusas de su futuro, convertido, por esta vía, en un eje temporal indistinto: muchas posibilidades, algunos objetivos específicos (10) (casarse, tener su propia casa, tener hijos,

realizarse profesionalmente, viajar etc.), pero sin un orden cronológico predefinido, dejando así espacio a posibles reformulaciones a medida que 'el día a día' vaya trayendo acontecimientos imprevisibles, se registren objetivos fallidos o, simplemente, haya cambios de planes. "Vivir el presente", "prefiero no pensar a largo plazo" o "vivo una cosa a la vez" fueron las respuestas más frecuentes cuando se les preguntó por sus planes de futuro, lo que significa que la mayoría de esos jóvenes evita (por lo menos en cuanto al discurso) compromisos ontológicos que corran algún riesgo de no cumplirse conforme a lo previsto. Justamente a eso se refiere el testimonio de Carla:

"Yo no suelo programar mucho el futuro, o por lo menos hacer muchos planes, porque, cuando los hago, las cosas se me tuercen y pasa al contrario. Por eso prefiero no programar nada." (Carla, 18 años, medio social medio\abajo, curso profesional, parada)

También es cierto, retomando las cuestiones identitarias, que hacer que la asunción de la identidad adulta dependa de un autoexamen subjetivo no impide a algunos de estos jóvenes identificar momentos en su trayectoria percibidos como particularmente relevantes para la percepción de sí mismo como adulto. Nos dan, en realidad, ejemplos de varias circunstancias, o momentos críticos (Thomson et al, 2002), que han desencadenado un proceso de reflexividad hacia dinámicas de reformulación identitaria. A título de ejemplo, mostramos el caso de Manuel, 20 años y un proceso de desinterés relativo por la escuela, pero que acabó por entrar en un curso de formación profesional, en el que consiguió ser el mejor de su clase:

"Fue más o menos mediado el curso. La gente cae en la cuenta, ¿no? ¡A lo mejor hasta tengo talento para esto! Pasado algún tiempo (...) un profesor me dijo que más tarde me encontraría trabajo... ¡Y eso mediado el curso! Me llamó aparte y me dijo eso. Y yo empecé a pensar... en que era una cosa seria. Y me metí esto en la cabeza: esto es lo que yo quiero hacer!"

En realidad, es interesante constatar cómo, al prolongar la estancia con los padres, la autonomía de la identidad pasa a poderse construir/conquistar sin que haya propiamente una independencia o emancipación total del "cuerpo", dependiente del sustento, del apoyo y de la vigilancia familiar, por ejemplo: tan sólo una objetivación de la disociación entre autonomía e independencia que parece darse con la individualización (Singly, 2000). Casi todos los (las) jóvenes entrevistados afirmaron categóricamente que el respaldo y la presencia de los padres no constituyó una interferencia directa en sus elecciones y decisiones escolares, profesionales ni incluso personales: (11)

"Mis padres siempre me han apoyado, yo tenía que hacer lo que me gustara. (...) Siempre tomé mis propias decisiones. Siempre he sabido cuál era mi camino" (Isabel, 23 años, medio social medio, último curso universitario)

"Mi padre y mi madre nunca han interferido en mis decisiones. Cosa que yo encuentro bien. Porque cuando tomo una decisión ellos están ahí para apoyarme y no para criticarme. (...) Yo escucho su opinión, pero quiero decidir siempre por mí misma. Tenemos que cometer errores, pegarnos batacazos, para aprender (...). Ellos me dan esa libertad para que yo pueda crecer" (Carla, 18 años, medio social medio\abajo, formación profesional, desempleada)

Sin embargo, es necesario entender estas afirmaciones en un contexto de afirmación identitaria. Si por un lado los discursos juveniles proyectan

(11)

Afirmación más tarde corroborada por los padres de algunos de ellos, que enunciaron discursivamente su *no interferencia* en las decisiones de los hijos como uno de los elementos principales de las estrategias \ prácticas educativas que llevaron a cabo. Es curioso constatar que dicha estrategia se enraiza en dos justificaciones distintas: una normativa, que se remite a los padres que sufrieron interferencias por parte de sus padres y no han querido 'oprimir' a sus hijos como se les 'oprimió' a ellos; una omisión, presente en los padres que, por sus bajas cualificaciones escolares, evitan opinar o interferir en áreas en las que sus hijos están mucho más cualificados, limitándose a intervenir únicamente en cuanto a las conductas y a los valores (Pappámikail, 2004: 106-108)

muchas veces esta “retórica de la autonomía” (Thomson et al, 2002: 351), el cruce con reflexiones sobre las modalidades de interacción e intercambio familiar nos ha permitido contextualizar esa retórica en el contexto de una “autonomía situada”, sujeta a vigilancia parental, más o menos asumida, y con diferentes grados de intensidad. Pero hablemos de una “autonomía situada en un determinado sistema de normas y también en un determinado conjunto de prácticas socializadoras que contribuyen a restringir o ampliar el campo de posibilidades efectivamente disponibles para los (las) jóvenes” (Pappámikail, 2004: 16).

2. La responsabilidad ante el ‘otro’ y ante las instituciones: la familia y el trabajo como indicadores de la identidad adulta

Algunos jóvenes (una minoría en el contexto de la muestra), sin embargo, optaron por referirse a la familia (y al estatuto de dependencia material) para definir la condición adulta. En su opinión (aunque nunca cuestionen su autonomía en la toma de decisiones) sólo cuando sean verdaderamente “independientes”, financiera y residencialmente hablando, se sentirán con ‘derecho’ a reclamar el estatuto de adulto.

“Ser adulto... son muchas responsabilidades. ¡Es ser una persona independiente!” (Diogo, 20 años, medio social medio \ alto, formación profesional, trabaja y cursa enseñanza superior al mismo tiempo)

“No sé, ser adulto es ser capaz de pagar tus propias cuentas (...). Yo soy todavía muy dependiente de mis padres... Y pienso que mi transición a la vida adulta se producirá cuando deje de estar bajo las alas de mis padres. ¡Y cuando tenga responsabilidades!” (María, 25 años, medio social medio \ alto, último curso universitario)

Ya los demás sitúan la asunción de la condición adulta, a la que atribuyen un sentido negativo, en su propio acceso al mercado de trabajo.

“¡Vaya lata! Porque tenemos que levantarnos bien temprano para ir a trabajar en un horario la mar de antipático. Ya empiezo a tener la sensación esa de ‘no puedo faltar al trabajo’ (...) Yo sé que al trabajar, aunque no quieras, tienes una perspectiva adulta de la vida!” (Lourenço, 21 años, medio social desfavorecido, enseñanza superior, empleado)

En ambos casos, la alteridad (ya esté en el campo privado o en el público) aparece como el elemento externo que atribuye el estatuto de adulto al paso por determinadas transiciones: en el primer caso, a la salida de casa de los padres (asociada a una forma de vida independiente desde el punto de vista financiero) y, en el segundo caso, a la entrada en el mercado de trabajo. Para estos jóvenes la condición adulta es algo que se les impone (o se les atribuye, si recurrimos a la terminología de Dubar, (2000)) lo que a algunos no les agrada, como a Lourenço. Ello se debe a que en esta modalidad de proyección de sí mismos se denota una clara confrontación entre representaciones con significaciones opuestas: una juventud alegre y sin compromisos y una edad adulta seria y llena de obligaciones.

Subyacente a este tipo de representaciones, de las que encontramos ecos en gran parte de los discursos (independientemente de los territorios de sentido atribuidos a la responsabilidad), se observa una confrontación entre éticas de vida, sin que dicha confrontación se traduzca, como subrayamos

en I, en rupturas generacionales. (12) Sobre todo las éticas que muchos de estos jóvenes encuentran en sus padres (la mayoría de las veces mucho menos cualificados que ellos, como ya hemos podido demostrar) y que asumen como paradigma de la condición adulta. Consecuentemente, esta aparente confrontación normativa es menos visible en aquellos casos en los que los (las) jóvenes procedían de familias cuyos miembros poseían cualificaciones superiores.

Sin embargo, y en general, a esa 'condición adulta' oponen un *ethos* juvenil, que se sustenta en los valores de la individualización y que es, simultáneamente, un *ethos generacional*, al que quieren ser fieles a lo largo del ciclo de vida. Recelan, no obstante, que el 'peso' de la *responsabilidad* les impida hacerlo con éxito. En realidad, al hacer referencia a una cierta ética de la hormiga ("una vida adulta estática" y aburrida que asocian a sus padres), pero prefiriendo la ética de la cigarra (hedonista y haciendo hincapié en la movilidad y acumulación de experiencias diversificadas), recelan de la condición adulta, atribuyéndole por ello un sentido negativo (Nilsen, 1998:74 y Pais, 1998: 408).

Notas Finales

Como corolario de esta presentación, necesariamente breve y en dos tiempos, uno de nivel macro, que caracteriza estadísticamente el Portugal de hoy en día y los cambios y continuidades que lo han transformado, y otro de nivel micro, que ha intentado darle algún contenido empírico a ese retrato, es importante resaltar dos notas finales.

En primer lugar, el hecho de haber comprobado la existencia de estrategias 'defensivas' en la proyección de sí mismos (al remitir a instancias subjetivas la validación de la identidad adulta) articuladas con un paradigma normativo claramente enraizado en la individualización expresiva. Estas manifestaciones se presentan, como hemos visto, asociadas con un contexto estructural de incertidumbre (o por lo menos a la creencia de que existe). En esos casos lo que parecer ser importante para los (las) jóvenes entrevistados no es ser adulto (en cualquier sentido 'tradicional'), sino que se le reconozca como ciudadano/ ciudadana con plenos derechos, a pesar de la dependencia y de la potencial reversibilidad de que se revisten los pasos estatutarios que van viviendo. Ya cuando los (las) jóvenes remiten la condición adulta a elementos externos o transiciones específicas, que les atribuirían socialmente dicho estatuto, en cierto modo indeseado, no pretenden reforzar su dependencia o reducir su autonomía, sino rechazar un modelo normativo de condición adulta en el que no se ven reflejados. Una oposición también de naturaleza semántica: la palabra 'adulto' arrastra una carga simbólica que estos (as) jóvenes preferirían no tener que asumir. Ya los primeros parecen optar (de forma más o menos consciente) por reformular su contenido, adaptándolo a sus circunstancias de vida y valores.

En segundo lugar, nótese que, a pesar de estos discursos algo indefinidos e inciertos, y tal como demuestran los indicadores demográficos que se exponen en el punto 1, no podemos olvidar que la mayoría de los (las) y/o jóvenes portugueses acaba efectivamente por casarse, por tener hijos e/o por constituir unidades residenciales autónomas incluso antes que sus pares del sur de Europa. Por lo que las representaciones que aquí se analizan sintéticamente contribuyen tan sólo a texturizar la importancia de las transiciones familiares y profesionales en su relación con las identidades

(12)

Las confrontaciones normativas entre padres e hijos, presentes en varios aspectos de la vida de los jóvenes, y que pueden dar origen a algunos conflictos menores, parecen atemperarse con el clima de afectividad que según ambas partes (padres e hijos) regulan y median en la convivencia intergeneracional.

personales, con los nuevos sentidos que los sujetos les atribuyen. Subyacen a estos importantes cambios desde el punto de vista de los valores sociales, sobre todo la importancia que se le atribuye a la autonomía, y que, en nuestra opinión, han contribuido en gran medida a transformar la sociedad portuguesa.

BIBLIOGRAFÍA

- Aboim, S. (2003). "Evolução das estruturas domésticas" *Sociologia, Problemas e Práticas*. (43), 13-30.
- Almeida, A. N., André, I. e Lalande, P. (2003). "Novos padrões e outros cenários para a fecundidade em Portugal" *Análisis Social*. 37(163), 371-410.
- Almeida, A. N. e André, I. (2004). "O país e a família através das crianças - ensaio exploratório". *Revista de Estudos Demográficos*. (35), 5-35
- Beck, U. (1992). "Risk Society: Towards a New Modernity". Sage. London.
- Costa, A. F e Viegas, J. L. (1998). "Portugal, que modernidade?". Celta Editora, Oeiras
- Du Bois-Reymond, M. (1998). "«I don't want to commit myself yet»: young people's life concepts" *Journal of Youth Studies*. 1(1), 63-79.
- Dubar, C. (2000). "La Crise dès Indentités, l'interprétation d'une mutation". Puf, Paris.
- Ferreira, P. e Aboim, S. (2002). "Modernidade, laços conjugais e fecundidade: evolução recente dos nascimentos fora do casamento" *Análise Social*. 37(163), 411-446.
- Gaudet, S. (2001). «La responsabilité dans les débuts de l'age adulte». *Lien Social et Politiques* (46), 71-83.
- Giddens, A. (1991). "Modernity and self-identity". Stanford University Press. Standford.
- Guerreiro, M. D. (2003). "Pessoas sós: múltiplas realidades" *Sociologia, Problemas e Práticas*. (43), 31-49.
- Heinz, W. R. e Krüger, H. (2001). «Life Course: Innovations and Challenges for Social Research» *Current Sociology*. 49 (2), 29-45.
- Martins, S., Mauritti, R. e Costa, A.F (2005). "Condições Socio-económicas dos estudantes do Ensino Superior em Portugal". Direção Geral do Ensino Superior/CIES. Lisboa.
- Nilsen, A. (1998). «Jovens para sempre?» *Sociologia, Problemas e Práticas*. (27), 59-78.
- Pais, J. M. (2001). "Ganchos, Tachos e Biscates. Jovens, Trabalho e Futuro". Âmbar, Lisboa.
- Pais, J. M. (ed.) (1998). "Gerações e Valores na Sociedad Portuguesa". Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa, Lisboa
- Pais, J. M. E Cabral, M. V. (org.) (1998). "Jovens Portugueses de Hoje". Celta Editora, Oeiras.
- Pais, J. M.,(2003). «The multiple faces of the future in the labyrinth of life» *Journal of Youth Studies* 6(2), 127-144
- Pappámikail, L. (2004). "Relações intergeracionais, apoio familiar e transições juvenis para a vida adulta" *Sociologia Problemas e Práticas*. (46), 91-116
- Plug, W., Zeijl, E. e Du Bois-Reymond, M. (2003). «Young people's perceptions on youth and adulthood. A longitudinal study from the Netherlands» *Journal of Youth Studies*. 6(2), 127-144.
- Resende, J. e Vieira, M. M. (2003). "Educação". *Portugal Social*. INE. Lisboa.
- Gaviria Sabbah, S. G. (2002). «Retener a la juventud o invitarla a abandonar la casa familiar. Análisis de España y Francia». *Estudios de Juventud*, (58), 45-52
- Santoro, M. (2000). «Extended young people's permanence with the family of origin: a research among italian young people and their mothers». *Mimeo*.
- Schehr, S. (2000). «Processus de singularisation et formes de socialization de la jeunesse» *Lien Social et Politiques*. (43), 49-58.
- Singly, F. (2000). «Penser autrement la jeunesse». *Lien Social et Politiques*. (43), 9-21.
- Thomson, R., Bell, R., Holland, J., Henderson, S., MvGrellis, S., e Sharpe, S. (2002). «Critical Moments: Choice, Chance and Opportunity in Young People's Narratives of Transition» *Sociology*. 36(2), 335-354.